Voces de campanas gitanas

Antonio Conde

Inés (Foto: E. Zatania)

Son tres ramas del tronco del faraón. Tres ADN cuya tradición se conserva en voces de columnas flamencas desgastadas por el tiempo y en donde las entrañas del cante se manifiestan sin que podamos hacer nada por evitarlo. ¿La herencia en la sangre es un camelo?- Puede ser, pero estas tres mujeres guardan en sus metales sonoros el posible origen de lo jondo y de lo que hoy y sólo hoy se ha dado por llamar cante gitano. Y se dice porque sus voces están rotas, quebradas, fundidas, gastadas por el tiempo. Sólo por eso. El argumento genético no siempre es sostenible, obviamente, pero da igual, sus voces evocan el sufrimiento que han pasado los gitanos desde que llegaron a la península. Y si no, nos lo creemos igualmente.

Inés Bacán, Juana del Pipa y Dolores Agujetas o como dibujar la historia a través de un eco.

Proceden de tres dinastías distintas. Ajenas

entre ellas. Sin más vínculos que el paisaje sonoro de una raza y de una música que las ha unido para siempre. Y aun así están a años luz la una de las otras, y dos veces viceversa.

Si hablásemos en términos científicos hablaríamos de tres metales, cada uno procedente de un origen inciertamente cierto. Pero tres metales pesados del cante.

El primero de ellos resuena en la voz de Inés Bacán que no pudo elegir no ser flamenca. Hija de Bastián Bacán y de Ana del Pelao, ¿qué hace si no?- E hizo bien. Luchar contra marea nos hubiese dejado en el limbo de conocer una voz temblorosa, por momentos llorona por momentos trágica. Porque sólo la tragedia cantaora es la verdadera seña que define lo que otras músicas no tienen. Su cante es la soleá y su corazón Lebrija. Será por eso que la sangre que bombea y llega a lo más profundo de su ser es la que se vende cara cuando se escucha.

Inés suena a añejo, a pasado. Algo lejano que viene y va. En su garganta brilla una manera propia de cantar. Lo que parece una desafinación para los neófitos para otros es el legado de un pueblo y su sufrimiento; unos modos de contar y cantar cientos de años marcados por las persecuciones, el ostracismo y la supervivencia de quien ha luchado para mantenerse vivo. También es cierto que determinados artistas no son la mejor elección para acercarse al flamenco. Y este es el caso de estas tres mujeres. Porque para saborear un buen vino, antes hay que conocer el malo y saber 'estinguí'. Bendita la hora en que el buen vino jondo se convierte en cante; es justo en ese momento en el que estamos abiertos a entender por qué cantan así. No hay más.

Segundo de los metales pesados. Juana del Pipa. Es una sentencia en sí misma. Su dedo levantado a modo de martillo sentenciador lo dice todo. No hay más que verla en el escenario alzándolo para entender su poder de transmisión. No está en su dedo, no. Está en lo que representa. Y en su metal de bronca voz rota camina el legado del pueblo gitano de Jerez: sus gentes, sus costumbres, sus tradiciones, y por supuesto, su música. Que no es otra que el flamenco en su más pura esencia. A día de hoy, es la matriarca de la familia. Es la capitana de Jerez. El eslabón entre el pasado de tía Juana la del Pipa y Antonio, el bailaor. El desgaste del tiempo lo ha acusado su garganta que se resigna a partirse pero se parte cada día por tientos, por soléa por bulerías, por tonás.

Y el tercer metal al que hoy rendimos pleitesía se fabricó a golpe de yunque y martillo. En la fragua. Aquella en la que su abuelo Agujetas el viejo cincelaba los 'jierros' incandescentes para dar forma ¿a qué?-¿Al hierro o al cante?- El duro trabajo de la fragua conlleva problemas de asma de tanto respirar el humo negro que representa el color de sus pieles bronceadas por el calor de las tonás que pudieran (o no) cantar mientras faenaban.

Allí nació el síndrome de Los Agujetas. Se ha heredado de generación en generación, como una enfermedad que se transmite por la sangre y para la que no hay cura. Ese es el sonido de esta casa cantaora. Y Dolores es la voz de los cristales rotos. Su queja suena a llanto resignado, oprimido. Una forma de entender lo que en Jerez se ha llamado siempre 'dolerse' que viene a ser vivenciar el cante y transmitir lo que se ha vivido de tal manera que se es capaz de entender la queja porque la vive uno desde dentro.

Otros lo llaman duende. Otros simplemente cante. Cante, Cante. No hay más. Ni debe haberlo.

En las tres cantaoras que en esta revista homenajeamos nos queremos encontrar artistas completas, queremos artistas que con su sólo eco sean capaces de describir la historia de su pueblo y del flamenco. Y aquí están reunidas las tres (que no son Curro Durse, Valladares ni Molina el de Jerez) pero bien podían representarlos a ellos. Pero en femenino.

Inés Bacán: "Soledad sonora"

Tere Peña

Inés y Tere Peña (Foto: Araceli Pardal)

Inés Peña Peña (Inés Bacán) nació en Lebrija el 14 de diciembre de 1952. Hija de Bastián Bacán y Ana la del Pelao; hermana del genial músico y guitarrista Pedro Bacán, gitano cabal y orgulloso de su etnia que siempre defendió, con argumentados fundamentos, sus indiscutibles valores humanos y artísticos. Fatalmente fallecido en un accidente de tráfico en 1997.

Abundando en su parentesco, Inés es biznieta de "Pinini", creador del cante por Cantiñas que ha pasado a la historia con su nombre; igualmente, es nieta de la extraordinaria cantaora -no profesional- Fernanda la de Pinini; también prima, entre otros, de Fernanda y Bernarda de Utrera, El Lebrijano, Miguel Funi, Pedro Peña o El Turronero. Todo un poso artístico, con unos códigos musicales distintivos y de enorme riqueza que, unidos a sus propias facultades, conformará su personalísimo estilo de expresar el cante.

Recuerdo, comenta Inés, "Con 10 años, me

cantaba y me bailaba para mí en casa; pero era muy vergonzosa y no quería que nadie me oyera". El cante como profesión, vino pasados los 30 años. Todo ocurrió durante una grabación sobre El Rocío que dirigía su hermano Pedro: "Cuando mi hermano me escuchó cantar, lloraba como un niño, de emoción; y tomó la voluntad de hacerme cantaora". Sin duda, Pedro Bacán vio en su hermana el cofre adecuado donde guardar aquellas esencias musicales que se mostrarían en el lugar y sitio apropiado.

En 1990, se descubrió por primera vez a la afición al incluirla en unas grabaciones producidas por el propio Pedro: "Noches Gitanas en Lebrija". A partir de entonces, su cante es saboreado en los más variados e importantes auditorios del mundo; Francia, Alemania, Canadá, Japón, Marruecos y otros muchos países han requerido su presencia.

Inés define el cante como el amor a la vida, la música, los amaneceres a compás, los colores morenos; también piensa que la riqueza del Flamenco viene del aporte musical de cada uno de los territorios que componen nuestra maravillosa Andalucía. Personalmente, piensa que su cante es como una conversación consigo misma: "Cuando canto, me meto dentro de mí. Expreso mis vivencias; totalmente interiorizado, no me guardo nada".

Enamorada de Algeciras, opina que cantar a esa afición no es fácil: "En Algeciras se chanela tela. Bendita la hora que pisé esta tierra donde percibo que me quieren; y donde se canta y se baila como en pocos sitios, con sabor añejo y lleno de gitanería".

Es por todo esto que Inés no cabe de gozo por la concesión del máximo galardón flamenco que otorga esta ciudad, "Estoy muy orgullosa de recoger la PALMA DE PLATA con la que me han dignado, junto a las compañeras Juana y Dolores. Será un placer estar ahí y compartir escenario con ellas. Espero sea un viaje musical flamenco inolvidable para todos. Una vez más, mi más sincero agradecimiento a la organización por acordarse de mi humilde persona". Así es Inés Bacán, gitana, delicada, sin artificios y espiritual.

Inés Bacán con A. Moya (Foto: Araceli Pardal)